



Un día de playa

UNA HISTORIA ERÓTICA

NINA KLEIN

UN DÍA DE PLAYA

UNA HISTORIA ERÓTICA

NINA KLEIN

© 2020, Nina Klein

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial sin permiso del autor.

ÍNDICE

[Aviso importante](#)

[Uno](#)

[Dos](#)

[Tres](#)

[Cuatro](#)

[Cinco](#)

[Acerca de la autora](#)

[Otras historias de Nina Klein](#)

AVISO IMPORTANTE

Atención: esta es una historia con escenas de sexo explícito, apta solo para un público adulto.

Solo para mayores de 18 años.

UNO

La brisa del mar me acarició la piel, cerré los ojos y respiré hondo. Estaba mucho mejor en la playa que en la oficina, dónde iba a parar.

Había decidido que ese día —un miércoles por la mañana— era el día perfecto para ir a la playa. Llegué a esa conclusión después de ver el día que se había presentado en mi ventana nada más levantarme: soleado y agobiante. La ola de calor duraba ya más de una semana, y se me estaban agotando las fuerzas. Podía sentir mis neuronas derritiéndose ya desde primera hora. Me había vestido para trabajar, pero la blusa beige y el traje de chaqueta, las medias y los zapatos de tacón de tres centímetros que me había puesto para ir la oficina se me pegaban al cuerpo. Y solo eran las siete y media de la mañana.

Así que hice lo que nunca había hecho: llamé al trabajo diciendo que estaba enferma. No era la primera persona que lo hacía en la oficina aquella semana, pero sí era la primera vez que yo lo hacía. Llevaba cinco años en aquel trabajo y no me había cogido ni un día por enfermedad, también era verdad que había tenido suerte y no había estado enferma, pero tampoco me había cogido ningún día para ir al dentista, o de asuntos propios, ni nada por el estilo. Era, y siempre había sido, la persona más responsable del mundo.

Sin embargo, de repente la sola idea de pasar un día como aquel metida en la oficina, a pesar del aire acondicionado, se me hacía insoportable.

Así que no tuve ningún problema cuando llamé, incluso la secretaria se mostró comprensiva, *mejórate*, me dijo, mientras yo fingía una tos y tiraba de tópicos para hacerlo todo más creíble: *el aire acondicionado, ya sabes. Los cambios de temperatura.*

Sonreí un poco mientras me extendía el protector solar de coco por el brazo derecho, luego el izquierdo. Factor 50. No había mucha diferencia entre el color de la crema y el de mi piel. No solía ponerme morena, pero siendo abril, estaba casi fosforescente. Aunque tampoco destacaba mucho entre los otros cuerpos diseminados por la arena. Pocos, muy pocos, apenas una docena de personas repartidas por toda la playa: era un miércoles laborable de abril, y eran las diez de la mañana, por mucha ola de calor que hubiese.

Todos los cuerpos tenían un tono similar al mío, iban desde blanco puro hasta alguna tonalidad de rosa, exceptuando los de los chicos jugando al voleibol a unos metros de donde me encontraba tumbada en la toalla. Suficientemente lejos como para que no me diesen un pelotazo sin querer, suficientemente cerca como para poder deleitarme con el espectáculo. Volví a mirar en su dirección al oír sus bromas y risas.

Universitarios, o al menos esa era la edad y el aspecto que tenían, saltándose las clases. Aunque a juzgar por la piel morena, no era el primer día que se las saltaban, tampoco.

Amparada por las gafas de sol, admiré los cuerpos bronceados, ligeramente brillantes de sudor, los músculos de los brazos al golpear la pelota. Eran tres, dos a un lado de la malla, uno al otro lado, al que le estaban pegando una paliza mientras reían.

Uno de los chicos del equipo de dos se retiró un poco y sacó una botella de agua de una pequeña nevera que tenían junto a sus toallas. Habían ido más preparados que yo, que estaba muriéndome de sed, el agua que había metido en la bolsa de playa se había recalentado casi antes de salir de casa. Le observé mientras bebía, me fijé en su garganta, en su cuello. Le hacía falta un corte de pelo. Se le rizaba un poco en la nuca y le caía sobre la frente.

Al terminar de beber me pareció que miraba en mi dirección —el chico también tenía gafas de sol— y sonreía ligeramente. Pero no estaba segura, estaba demasiado lejos para saberlo. Quizás había

visto a alguien detrás de mí. Algunas chicas también universitarias, quizás, rubias, bronceadas y en forma, que venían a jugar con ellos. Giré la cabeza y miré por encima de mi hombro. No había nadie, más que un hombre de unos sesenta años tirándole un *frisbee* a un perro.

No había nada de malo en mirar, me dije. Era mi día de hacer cosas que normalmente no haría. A esa hora —miré mi reloj de pulsera, ya eran casi las once— estaría en alguna reunión aburrida y horrible, rodeada no de cuerpos jóvenes y hermosos, sino de mis compañeros de oficina, hombres de mediana edad que habían perdido el pelo —solo el de la cabeza, lamentablemente— hacía más de una década y si su forma de peinarse no me engañaba, todavía no se habían resignado. Con sus barrigas sobresaliendo por encima del cinturón del traje, engañando a sus mujeres habitualmente. No conmigo: además de no dejar que me tocasen ni con un palo, y de no creer en las relaciones en el trabajo, increíblemente, con treinta y cinco años, era demasiado vieja para aquellos tipos de cuarenta y pico y cincuenta, que soñaban con liarse con jovencitas de veinte. Vivir para ver.

Así que decidí seguir alegrándome la vista. No solía ir por ahí acosando a hombres con la mirada, mucho menos a jóvenes a los que sacaba probablemente diez años, quizás algo menos, pero no hacía daño a nadie, recogía material para mis fantasías y, repito, era el día en el que estaba haciendo cosas que no solía hacer nunca.

Así que le devolví la sonrisa al chico del voleibol.

Vi cómo volvía a inclinarse sobre la nevera, cogía otro botellín de agua y empezaba a andar hacia mí. Resistí la tentación de volver a mirar por encima de mi hombro, en caso de que no se estuviese dirigiendo a mí, sino a alguien detrás de mí.

El joven atractivo se acercó. Abdominales marcados, músculos en los brazos y en las piernas. Se dio la vuelta para lanzar la pelota que tenía en la mano hacia donde estaban sus amigos, y pude admirar la espalda musculada y los bíceps flexionándose.

Los amigos siguieron jugando mientras el joven se acercaba.

Llevaba un bañador negro, no uno de esos ajustados —menos mal— sino uno suelto que le llegaba a la mitad de los muslos musculados y morenos.

Mejor no mirar muy fijamente. Volví a alegrarme, por enésima vez, de tener las gafas de sol puestas.

—Hola —dijo, con una voz grave y profunda.

—Hola —sonreí.

Me tendió el botellín de agua helada.

—Gracias —dije, después de cogerlo.

Lo abrí y pegué un buen trago. Agua fresca: el paraíso. Cuando cerré el botellín, vi que estaba observándome con una media sonrisa ladeada. No insultante; más bien insinuante.

Señaló con la cabeza hacia donde sus amigos seguían jugando, ahora uno contra uno.

—¿Quieres jugar? Nos falta un jugador.

Sonreí y negué con la cabeza.

—No, gracias —cogí el libro que estaba abierto y boca abajo en la toalla, para no perder la página, y lo levanté ligeramente, dando a entender que estaba ocupada. Como si lo hubiera tocado en la última media hora.

A pesar de estar en forma —a base de machacarme en el gimnasio tres días a la semana, más dos de zumba— jugar al voleibol era lo que menos me apetecía en el mundo. Además, no había jugado nunca. Y no tenías ganas ponerme a sudar y resoplar mientras le daba golpes a un balón, la verdad. No estaba en mala forma, pero tampoco estaba en tan buena forma como para eso.

El hombre/chico se acercó un poco y se puso en cuclillas junto a mi toalla, para hablarme a mi mismo nivel. Lo agradecí, estaba empezando a darme tortícolis de mirar hacia arriba.

El pelo color miel le cayó sobre la frente. Se levantó las gafas de sol y las utilizó para sujetarse el pelo.

—¿Estás segura de que no quieres jugar?—dijo en un susurro y, o me estaba volviendo loca, o era un susurro sugerente. Sonreía ligeramente, de medio lado, y le brillaban los ojos color chocolate.

Me mojé los labios con la lengua involuntariamente, antes de saber qué estaba haciendo.

Su mirada se desvió hacia mi boca. Tragué saliva.

—No, gracias. No me gusta mucho... el voleibol —dije, un poco absurdamente.

El chico volvió a mirarme a los ojos y sonrió abiertamente.

—Si cambias de opinión o te aburres, no dudes en unirte—. Se levantó—. Me llamo Brian, por cierto.

—Pauline.

—Pauline —repitió, y otra vez me pareció que lo decía de manera especial, sonriendo ligeramente—. Disfruta de tu libro, Pauline.

Hizo un gesto de despedida con la mano y fue a unirse a sus amigos.

* * *

DOS

Seguí mirando mientras continuaban con el juego. El movimiento de los músculos, la piel morena. Habían puesto música, no sé si en un móvil o con un altavoz, no era música molesta ni estaba muy alta. Ahogaba ligeramente las conversaciones y las risas. Parecía que los amigos estaban bromeando con él, por lo que fuese.

El botellín de agua que el chico me había dado estaba helado, y sin darme cuenta de lo que hacía, me lo pasé por el escote. Tenía la piel ardiendo, y mucho me temía que la culpa no era solo del sol.

Brian, que justo estaba mirando en mi dirección, perdió la concentración y el tipo en el equipo contrario le dio con la pelota en el hombro.

—Ay —dijo, frotándose el golpe.

—¡Hay que concentrarse más! —dijo el amigo, y después rió.

Brian se dio la vuelta y me guiñó el ojo. Lo pude ver desde esa distancia, no me lo había imaginado.

Agua. Necesitaba agua fría sobre mi cuerpo.

Tenía que ir a darme un baño.

La marea estaba baja, y tenía que andar bastante hasta la orilla, pero me daba igual: era la única forma que se me ocurría de refrescarme.

No me importó dejar las cosas (móvil, cartera, llaves del coche, etc.) en la toalla: al fin y al cabo, supuse que si alguien se acercaba a ellas los muchachos del voley le dirían algo. Y apenas había nadie en la playa.

Lo único que quería era llegar hasta el agua, no sabía qué me había poseído, pero necesitaba sentir el frío del agua en la piel.

Me levanté y empecé a caminar hacia la orilla, la arena quemándome las plantas de los pies...

Sabía que estaba siendo observada. Sentí las miradas sobre mí como algo físico, como una caricia —o varias— sobre la piel caliente por el sol. Sentí las miradas sobre mis muslos, mi escote, sobre mis glúteos firmes... toda la piel que el bikini negro atado con cuerdas dejaba al descubierto, que era mucha.

Me di la vuelta para mirar por encima de mi hombro, y vi que los chicos habían dejado de jugar y me miraban andar hacia la orilla, el juego parado, la pelota en las manos de uno de ellos.

Me sentí aventurera, distinta a como solía sentirme. Era el día de hacer cosas nuevas, el día de hacer novillos y no ir a la oficina, así que hice algo que en otras circunstancias, un día normal, no habría hecho: miré directamente a Brian y le guiñé un ojo.

Luego me di la vuelta y me adentré en el mar, sonriendo.

El agua estaba helada, o al menos me lo parecía. También era verdad que tenía la piel ardiendo de haber estado al sol por lo menos dos horas. No hice lo que siempre hacía, que era mojarme poco a poco, las muñecas, la nuca, para acostumbrarme al agua. Esta vez necesitaba el *shock*. Así que avancé hasta que el agua me llegó a la altura de los muslos, y me lancé.

Pegué un pequeño grito por la impresión y empecé a nadar sin descanso: tenía de repente un exceso de energía, y no sabía qué hacer con él.

CUANDO ME CANSÉ de nadar y hube gastado toda la energía que tenía que gastar, me quedé flotando en el agua, boca arriba, con los ojos cerrados, el mundo naranja debajo de los párpados. El mar estaba totalmente en calma, como una balsa de aceite, con cero olas, y no tuve miedo de alejarme de la orilla. Me mecí en la superficie, intentando relajarme, los gritos de las gaviotas de fondo, algún ladrido, alguna conversación perdida de las pocas personas que había en la playa.

—Hola —dijo una voz a mi lado, y me dio un susto de muerte.

Me sobresalté, empecé a agitar brazos y piernas, me di cuenta de que no hacía pie, tragué un poco de agua sin querer.

Me quité el pelo mojado de la cara, mientras tosía por haber tragado agua, para ver quién había fastidiado mi momento *zen*.

Ah, *hum*. Vale.

El universitario jugador de voley playa, Brian, flotaba a mi lado, el pelo mojado en la nuca, una sonrisa de dientes blancos en la cara.

—Lo siento, no quería asustarte —dijo, pero la sonrisa en su voz desmentía sus palabras.

Miré hacia la orilla y no vi a sus amigos.

—Se han ido a tomar algo —dijo, aunque no le había preguntado nada.

—¿Y tú? ¿No te has ido con ellos?

Era una pregunta retórica y absurda, porque estaba frente a mí, con lo cual era obvio que no se había ido a ninguna parte.

—No.

—Ah.

Nos quedamos unos segundos mirándonos, sin decir nada.

—Pregúntame por qué.

—¿Perdón?

—Pregúntame por qué no me he ido con mis amigos.

Sonrió lentamente, la sonrisa blanca contrastando con la piel morena de su cara.

No pude evitar sonreír de vuelta. Era contagioso.

Vale, vamos a jugar a este juego, pensé.

—¿Por qué no te has ido con ellos?

No respondió directamente. Alargó una mano debajo del agua y jugó con la cuerdecilla de la parte de arriba de mi bikini, pasando el dedo por debajo a la altura de la clavícula, tentativamente, para ver si le apartaba la mano, supongo.

Era más un roce que una caricia, pero tenía la piel al rojo vivo. O esa era la sensación que tenía, como si me estuviese quemando debajo del agua.

Como no dije nada —¿qué podía decir?— me puso la otra mano en la cintura, y me acercó hacia él.

Puso sus labios sobre los míos. Sabía a sal, a calor, a verano.

Deslizó una mano hasta mis nalgas y me pegó a él. Era un movimiento increíblemente atrevido, para una persona a la que había conocido esa misma mañana, y de la que solo sabía el nombre.

Pero debía ser el día de hacer cosas que nunca había hecho, porque me vi devolviéndole el beso, sin poder evitarlo. Sujetándome a sus hombros, ladeando la cabeza, haciendo el beso más profundo y batallando con su lengua.

Gemí dentro de su boca.

Sentí la humedad en mi sexo casi inmediatamente, y eso que estábamos debajo del agua.

Noté su erección a la altura de mi estómago, una erección inmediata, dura como una piedra, una erección de hombre joven y caliente.

Crucé las piernas detrás de su cintura para frotarme contra él, y esta vez fue Brian quien gimió dentro de mi boca.

Me sorprendió que el agua no empezase a hervir a nuestro alrededor.

Sería tan fácil, pensé, con mi cerebro totalmente licuado, bajar un poco su bañador, apartar la parte de abajo del mío, y dejar que el mar nos meciese mientras...

Pero recuperé la cordura, menos mal, pensando en el resto de gente que había en la playa. Que vale, eran pocos pero era gente, al fin y al cabo, gente con teléfonos móviles que podían utilizar para grabar vídeos.

No quería acabar en una página de porno, gracias. Estaba caliente, ardiendo, pero todavía conservaba alguna de mis neuronas. Las que Brian no me había frito con aquel beso y las caricias debajo del agua.

Pasó los labios por mi cuello, mi oreja, y me mordisqueó el lóbulo.

—Pauline... dios, ¿qué podemos hacer? Estoy a punto de explotar.

—Ya somos dos —dije, entre jadeos.

Me acarició el pezón, duro como una piedra por el frío del agua y la excitación, con el pulgar, por encima del bikini.

Miré un poco a mi alrededor, hacia la orilla de la playa. Había una docena de personas, cada una a su rollo, pero me seguía pareciendo arriesgado. Éramos las únicas personas en el agua.

Entonces vi los cambiadores. Eran unas casetas de madera contra las dunas, en hilera, media docena.

Curvé los labios en una sonrisa.

—Vamos —dije, y empecé a avanzar lentamente hacia la orilla.

—Pauline... —miré hacia atrás, y vi que Brian tenía una expresión dolorosa en la cara—. Vas a tener que darme unos minutos. Para poder salir del agua sin dar un espectáculo... mi bañador parece una tienda de campaña.

Solté una carcajada. Ni lo había pensado.

—No te preocupes. Cuando puedas salir, te unes a mí.

Nadé un trozo, y luego salí andando hasta la orilla. Cogí mi toalla y mi bolsa y me dirigí hacia la zona de cambiadores. Primero me acerqué a las duchas. Me quité el salitre de encima, la arena que pude de las piernas, aunque probablemente volvería a pegarse en cuanto volviese a andar. Luego recuperé mis cosas y me metí en uno de los cambiadores de madera, el último de la fila. Antes de cerrar la puerta miré en dirección al mar. Brian estaba saliendo del agua. Le sonreí y cerré la puerta.

El cambiador tenía un banco de madera en la pared del fondo, donde dejé mis cosas. Era un cubículo pequeño, como un cambiador de tienda de ropa, con una abertura en el techo de madera para que entrase la luz. Escuché con atención por si oía ruidos en los otros cambiadores, por si acaso estaban ocupados. Nada.

Esperé unos cinco minutos. Ni me calmé ni me entró la cordura en ese tiempo: cada vez estaba más excitada, hasta el punto de que tuve que contenerme para no meter la mano por dentro de mi bikini y acabar con aquel ansia cuanto antes.

Entonces tocaron a la puerta, abrí y allí estaba Brian, las gotas de agua resbalando por su pecho musculoso y moreno, y por los músculos de sus brazos, y me alegré de no haberme aliviado sola.

Iba a quitarme el ansia mucho mejor con él.

* * *

TRES

Erró la puerta tras él y echó el cerrojo.
—¿Te ha visto alguien entrar? —pregunté.
Estaba cegada por el deseo, pero hasta cierto punto.
Brian negó con la cabeza.

—Hay muy poca gente, y están bastante lejos, a lo suyo.

Dejó sus cosas al lado de las mías, en un extremo del banco, y enseguida nos lanzamos a tocarnos, a besarnos, a acariciarnos.

—Rápido, rápido —dije, agarrando de la cinturilla de su bañador para bajárselo

—*Shhh*, tranquila —dijo, sujetando mis manos para evitarlo.

—Estoy al rojo vivo, Brian, necesito...

—Ya sé lo que necesitas. Si estás impaciente, eso tiene fácil solución —dijo, sin dejarme acabar la frase.

Antes de que me diera cuenta, había metido la mano por debajo de mi bikini y dos dedos dentro de mí, mientras con el pulgar masajeaba mi clítoris.

Me agarré a sus hombros para no caerme, el placer concentrándose en la parte baja de mi estómago.

No puedo hacer ruido, no puedo hacer ruido, repetí en mi cabeza, pero era inevitable.

Treinta segundos. Eso fue lo que tardé en explotar, en tener un orgasmo legendario, de pie dentro de un cambiador de la playa, mojada, los pies hundidos en la arena. No pude evitar los gemidos y los gritos, menos mal que Brian fue previsor y me besó justo en el momento clave, ahogando los ruidos con su boca.

Oh dios oh sí sí.

—Ahora podemos ir un poco más despacio —dijo Brian cuando me calmé, besándome el cuello. Pasó los pulgares por mis pezones, que eran dos botones duros. Una corriente eléctrica pasó desde mis pechos hasta mi sexo y las plantas de mis pies.

Mmm, sí. Quería más. Despacio, de prisa, me daba igual: no quería que aquello acabase nunca.

Me desató la cuerda de la parte de arriba del bikini, y la depositó con cuidado en el banco. Mis pechos estaban helados, turgentes del agua fría.

—Sabes a sal —dijo, metiéndose uno de ellos en la boca.

Oh dios. Cogí con las dos manos su pelo mojado, y acerqué su cara a mis pechos. Lamió, succionó, mordió... luego pasó al otro pecho, mientras con la mano me acariciaba el que acababa de chupar. El hecho de no poder gemir ni gritar, el no tener una salida para las sensaciones, hacía que el placer fuera más intenso todavía.

Acababa de tener un orgasmo, pero daba igual. El calor y el deseo volvieron a concentrarse, a hacerse una madeja dentro de mí que solo Brian podía deshacer.

Quería la erección que había sentido en el mar dentro de mí, cuanto antes mejor.

Me subió al banco de madera cogiéndome de la cintura, casi sin esfuerzo. Tenía las manos grandes, de palmas endurecidas. Me dio besos, mordisquitos en el estómago. Tenía la piel húmeda y caliente debajo de sus manos. Desató primero una de las cuerdas de la parte inferior de mi bikini, luego la otra.

Allí estaba, desnuda frente a él, totalmente expuesta.

—Ven aquí —dijo, aunque no podía moverme, subida encima del banco.

Fue él quien se inclinó ligeramente para cercar la cara a mi sexo. Me separó los labios con los dedos y se puso a lamer, lentamente, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Sentí su lengua dentro de mí... lamiendo, penetrándome. Sus manos me abrasaban, recorriendo mi cuerpo, mi piel caliente. El alivio del baño, del agua fría, se me había pasado y tenía otra vez la piel ardiendo, como si me hubiese puesto otra vez al sol, otras dos horas.

Me mordí el labio para que no se oyese mis gemidos. La mitad del erotismo estaba en el riesgo de ser descubiertos.

Cuando estaba a punto de explotar, a punto de tener el segundo orgasmo con su boca, me bajó del banco.

—Mira, colócate así... sube una pierna en el banco.

Eso hice, subí una pierna en el banco y me quedé expuesta frente a él, las piernas abiertas. Brian miró hacia abajo un instante, a mi sexo brillando de humedad, mientras se mordía el labio.

Pasó un dedo por mi raja húmeda, acariciándome, hasta que estuve a punto de explotar otra vez.

—Dios Pauline... no sabes cómo voy a disfrutar follándote este coñito estrecho y dulce...

Se bajó el bañador, quitándoselo y dejándolo, mojado, en el banco.

Oh dios, oh sí.

Me quedé mirando su erección con ojos como platos. Había podido intuirle a través del bañador, pero verle así, al descubierto, me dejó sin palabras. La polla era gruesa, ancha... y estaba erecta, totalmente dura. Y era grande. *Muy grande.* Tragué saliva.

—No te preocupes —dijo, sonriendo—. Podemos ir despacio.

Se acercó a mí y pasó la punta por mi clítoris, por el exterior de mi sexo. Luego flexionó las rodillas y empezó a entrar, muy lentamente.

Cerré los ojos, el placer inundándome. Estaba húmeda y resbaladiza, pero aún así sentí como si me estuvieran partiendo en dos... nunca había experimentado nada igual, una invasión tan completa, una polla tan grande dentro de mí, ensanchándome, dándome el placer que no me había dado nadie, tocando todos los puntos dentro de mí.

—Ah... *ah ah ah.*

—¿Te duele? —preguntó Brian. No pudo evitar un punto de orgullo en la voz.

—No, es... —me mordí el labio para no gritar—. *Ah...* Es hasta que me acostumbre...

Si es que llegaba a acostumbrarme, porque era enorme... enorme, dura y caliente, como un hierro al rojo vivo. Salió un poco y luego volvió a entrar, lentamente.

Empecé a ver las estrellas.

—Dios, Brian—. Cerré los ojos con fuerza—. Es la polla más grande que he probado nunca.

Era todo caliente, dentro de mí, fuera de mí, el ambiente en aquella casetilla estrecha... gemí en voz baja, salían ruidos ahogados de mí que no sabían ni que eran míos.

—Así, poco a poco...—. Me pasó la mano por el pelo—. Hasta dentro, eso es.

No podía más. La invasión era total. Necesitaba que se moviese, que me follase duro, fuerte.

No quería ir despacio, por muy grande que fuera. Estaba ardiendo por dentro. Quería fricción, quería que empujase, lo quería todo y lo quería ya.

Le clavé las uñas en las nalgas. Tenía la piel ardiendo y se me estaban nublando los sentidos.

—No quiero poco a poco —dije, empujando su culo hacia mí. Su polla entró del todo, de golpe, y no pude evitar que se me escapara un gemido largo—. Quiero rápido, fuerte y ya.

—Sí, señora —dijo con una sonrisa en la voz.

Me agarró de las nalgas y procedió a hacer exactamente eso.

A follarme, rápido y fuerte, y *oh sí*.

Cambié la posición de la pierna y el ángulo de la penetración se hizo más profundo...

—¿Te gusta cómo te follo? ¿Te gusta mi polla?—. Embistió una vez más, dos, y se quedó fuera, con la punta en mi entrada—. Dilo, o no sigo.

—Sí, me gusta... es muy grande, dura... más, dame más, por favor.

Las embestidas eran salvajes y profundas, y entre la fuerza y el tamaño de su sexo duro y caliente, noté que me iba a correr de nuevo, un nuevo orgasmo todavía más intenso que el anterior, que podía barrerme y acabar conmigo.

El placer era demasiado intenso, *demasiado*.

—Qué ganas tenía de hacer esto, desde que te he visto tumbada en la toalla... —dijo entre jadeos—. Qué ganas de desatarte el bikini y metértela allí mismo, delante de todos...

Me lo imaginé, y me excité más todavía, si era posible, con la imagen que había pintado en mi cabeza.

—Y yo llevaba mirándote jugar horas... qué ganas de ir hasta ti, bajarte el bañador y meterme tu polla en la boca.

Hizo un ruido en el fondo de la garganta y embistió más deprisa, empujando hasta dentro, una y otra vez.

—Eso es, dame, dame más, más... más duro, más fuerte...

No me reconocía. Nunca había hablado de aquella manera, a ninguno de mis amantes; nunca había *pensado* de aquella manera.

El orgasmo fue sensacional, un placer intenso recorriéndome, como una corriente eléctrica o una tormenta.

Brian se dio cuenta, menos mal, y me puso la cara en su hombro para que pudiera gritar allí.

Le mordí sin saber lo que hacía mientras seguía moviéndome, ahogando los gemidos en su hombro, mientras él seguía embistiendo, una y otra vez, y por un momento sentí que me flaqueaban las piernas e iba a caerme al suelo.

* * *

CUATRO

—*D*ate la vuelta.
Parpadeé dos veces, separándome del hombro de Brian. No sabía ni quién era ni dónde estaba. Se me había quedado el cerebro nublado después del último orgasmo.

Cuando procesé lo que acababa de decir, fue cuando me di cuenta de que él no se había corrido, de que su polla enorme seguía totalmente dura dentro de mí, llenándome.

Se me contrajeron los músculos alrededor de ella, sin querer.

Brian cerró los ojos.

—Dios, Pauline... date la vuelta, quiero follarte desde atrás, entrar todavía más adentro—. Me acarició las nalgas—. Quiero correrme dentro de ti...

No estaba cansada, en absoluto. Estaba todavía caliente, excitada, y deseando saber qué me tenía preparado Brian. ¿Qué podía tener, veintidós años, veinticuatro? Fuesen los que fuesen, se notaba la juventud y el vigor. Si podía hacer todo aquello en un metro cuadrado y en diez minutos, no sabía qué podía hacer si me lo llevaba a casa, durante horas... *mmm...*

Salió de dentro de mí, y me di la vuelta. Volví a subir una pierna en el banco, para poder abrirme bien de piernas. Le miré por encima de mi hombro, con una sonrisa.

—¿Así?

Me agarró de las nalgas, masajeándomelas con las manos.

—Qué culo tienes, Pauline... qué pena que no tengamos tiempo, y estemos en público...

—¿Por qué? ¿Qué harías? —pregunté, casi sin voz.

—Azotártelo... —me dio una palmada suave, para que no sonase, y me mordí el labio—, morderlo, follártelo...

Gemí un poco, bajito.

—¿Eso te gustaría, verdad? —preguntó.

—Sí, me gustaría mucho...

Me mordió el lóbulo de la oreja desde atrás, mientras ponía la punta en mi entrada y empujaba lentamente, muy lentamente.

Tenía razón, en esa postura llegaba todavía más adentro, la penetración era más profunda... cuando creía que ya me había acostumbrado a su polla, volvía a sorprenderme. Siguió empujando hasta que la tuvo metida hasta el fondo.

Ahora parecía todavía más grande, más ancha. Tuve que morderme los labios para no gritar.

Dios, no sabía cómo iba a acostumbrarme a una polla normal después de aquello.

—¿Ves?—. Salió un poco y volvió a entrar—. Así es más profundo, entra más adentro... ¿lo sientes?

¿Que si lo sentía? El problema era cómo iba a dejar de sentirlo, cómo iba a sentarme el resto de la semana.

Embistió, primero despacio, luego empezó a aumentar la velocidad.

—Ah... así, Brian, muy bien... sigue por favor...

—¿Que siga qué?

Se notaba que le gustaba que hablase sucio, así que seguí diciendo todo lo que se me pasaba por la cabeza, en susurros, para que no se nos oyese desde fuera.

—Sigue follándome, métemela bien... ah... así, sí, más...

No podía más. La invasión era total, el esfuerzo por no gritar ni gemir era bestial. Me iba a desmayar de un momento a otro.

—Nunca he estado tan llena, Brian... es grande, es... *aaaaah*, sí, por favor...

Doblaba un poco las rodillas y me penetraba en la subida, cada vez más adentro, y supe que iba a correrme otra vez, en cualquier momento. Estaba caliente, ardiendo, dispuesta.

Acarició mis pechos desde atrás, pellizcándome los pezones.

—Tócate mientras te follo.

Eso hice, bajé la mano hasta mi clítoris y empecé a acariciármelo en círculos. El placer se multiplicó y empecé a temblar.

—Eso es, así... joder Pauline, podría estar follándote horas.

Cada vez que salía y volvía a entrar me quedaba sin respiración.

Solo se oía el sonido de piel contra piel húmeda, el ruido de los cuerpos al chocarse.

—Ah, ah, Brian... —aumenté la velocidad de mis dedos, luego los pasé un poco hacia atrás, para acariciar por donde estábamos unidos, para palpar su polla entrando dentro de mí—. Así, dame más, dame bien... dame fuerte, más fuerte.

Eso hizo, empujar más deprisa, embestir con más fuerza, me mordí el labio para no gritar. Le acaricié las bolas pasando la mano hacia atrás, la polla mientras entraba y salía...

—Ah, joder, Pauline... qué caliente estás, me encanta tu coño.

Volví a masturbarme con los dedos y vi venir el tercer orgasmo, la piel hormigueándome. Ya no podía aguantar más, entre su polla penetrándome y mis dedos, era demasiado, no podía más, y el placer estalló en mil pedazos sobre mi piel caliente.

—¡Ah, sí sí sí!

Me corrí explosivamente, mientras me mordía el labio para no hacer ruido. No sé si lo conseguí.

Me besó el cuello, me acarició los pechos, recorrió mi piel caliente con sus manos de palmas rugosas. Teníamos la piel resbaladiza de sudor, el calor dentro del cambiador —sumado al calor que estábamos generando— era casi insoportable.

—Pauline... Pauline, no quiero acabar, quiero estar follándote horas, me encanta tu coño caliente y estrecho... —dijo con la respiración acelerada.

Se notaba que estaba perdiendo el control, en la voz temblorosa, en las embestidas erráticas y cada vez más fuertes y profundas.

Yo tenía los ojos cerrados y la boca entreabierta, disfrutando como nunca había disfrutado en mi vida... casi no podía hablar del placer que me estaba dando. Ya no sabía si estaba teniendo otro orgasmo o era el último, que todavía me duraba.

—Brian... —conseguí decir con voz entrecortada—. Vente conmigo a casa, tenemos todo el día para que me folles como tú quieras, hacer lo que tú quieras... pero ahora dame bien por favor, fuerte, me voy a correr otra vez, me corro...

Solo pude pensar, otro, otro, como si me hubiese tocado la lotería, y lo noté recorriéndome las piernas, la espalda, una corriente eléctrica que llegó hasta las puntas de los pies.

—Joder, joder, joder —dijo Brian entre dientes, como si le estuviese costando un mundo no gritar. Tuvo un último momento de sensatez y me puso la mano en la boca para que no hiciese —más — ruido, mientras embestía más potente que antes, con todas sus fuerzas, y no pude evitar gemir y gritar en su mano mientras me corría, mientras seguía penetrándome sin parar, hasta que le noté hincharse dentro de mí y explotar, derramándose, ríos de leche caliente, una y otra vez, hasta que ya no pude más y se me doblaron las piernas.

ESTÁBAMOS pegajosos de sudor y manchados de arena, pero me daba todo igual. Había merecido la pena. Me sentía mejor de lo que me había sentido *en años*.

No iba a volver a ponerme el bikini húmedo ni loca, así que lo enrollé en la toalla y me puse el vestido corto y suelto que había llevado a la playa encima de mi cuerpo desnudo.

Brian cogió una botella de agua de su mochila y se la bebió entera. Yo todavía tenía la mitad de la que me había dado antes, así que la saqué de mi bolsa e hice lo mismo.

—¿Decías en serio lo de ir a tu casa? —preguntó.

Lo pensé un momento. Estaba escocida, había tenido tres orgasmos, o cuatro, o uno muy largo que había durado media hora, no estaba segura, y sentía los músculos como si fuesen de goma.

Pero, increíblemente, lo que no estaba era saciada. No sabía si era por la ola de calor, los novillos, no sabía qué locura se había apoderado de mí, pero no quería que aquello acabara. Todavía seguía excitada, caliente, era como si pudiese seguir y seguir...

Le miré.

—Depende de ti. Si estás cansado...

Sonrió lentamente.

—¿Estás de broma? Lo de antes no lo he dicho por decir. Podría seguir follándote horas —se acercó a mí y me mordió el labio inferior—, horas —me agarró del culo y me pegó a él— y horas...

Estaba otra vez empalmado, duro contra mi estómago. No me lo podía creer. Le miré sin decir nada, levantando una ceja, y sonrió.

—Tengo veinticuatro años —dijo, como si pudiese leerme el pensamiento—. Puedo otra vez, otra, y todas las que quieras... me puedo tirar *horas* follando.

Sentí un escalofrío.

—Pues entonces —dije—, eso es exactamente lo que vamos a hacer.

* * *

CINCO

—*E*so es, fóllame tú, fóllate con mi polla. *Mmmm*, Pauline, qué bien...

Eché la cabeza hacia atrás y enredé las manos en mi pelo, gimiendo y gritando, totalmente liberada.

—Ah, ah, aaaaaaaah...

Me estaba desquitando de haber tenido que follar en silencio — bueno, más o menos— en la playa.

Estábamos en mi sofá, Brian sentado, la cabeza apoyada en el respaldo, las manos en mis caderas, yo subiendo y bajando encima de él, cabalgándole a toda velocidad, metiéndome su polla entera, una y otra vez, como si el mundo se fuera a acabar.

El viaje en coche de la playa a mi apartamento había sido... interesante, por decir algo.

Tenía miedo de arrepentirme por el camino —aquello no era muy normal para mí— o de que la cosa se enfriase, pero Brian se había pasado el viaje con su mano en mi muslo, debajo de mi vestido. Luego había ido subiendo la mano poco a poco —no llevaba nada debajo del vestido, ni sujetador ni bragas, el bikini estaba húmedo dentro de la toalla en mi bolsa— y tuve que decirle que parase para que no nos estrelláramos con el coche.

Mientras me acariciaba, iba relatándome todo lo que quería hacerme cuando llegásemos a mi casa, con todo lujo de detalles.

Ni sé cómo habíamos sido capaces de llegar hasta la puerta sin desvestirnos en el portal o en el ascensor.

Avanzamos a trompicones hasta la ducha, esencial para quitarnos la arena y lo pegajoso de la piel, y allí, debajo del agua, me había proporcionado un orgasmo con sus dedos en un minuto y medio. Luego me puse de rodillas, y le devolví el favor con la boca, esta vez en dos minutos y medio.

Y ahora estábamos allí, en el sofá, y a pesar de todo, todavía estaba lejos de saciarme.

Abrí un poco más las piernas y bajé lentamente. Cuando la tuve metida del todo, hasta el fondo, hice círculos con las caderas.

Dios, podía seguir así el tiempo que hiciera falta. Y Brian vivía con una erección constante, era como un cachorrillo, siempre dispuesto a jugar...

* * *

BRIAN

ME MORDÍ el labio e hice esfuerzos titánicos para no correrme — otra vez— mientras Pauline subía y bajaba encima de mí.

Tenía que reconocer que me había tocado la lotería aquel día en la playa. Ni yo me creía mi suerte: una mujer con kilómetros de piel cremosa, tetas increíbles, un culo de ensueño, el coño dulce y hambriento, insaciable, que sabía lo que quería y no tenía miedo de pedirlo. Y toda para mí.

Me la había chupado en la ducha, me había corrido en su boca y había estado a punto de desmayarme.

Después nos habíamos pedido una pizza para comer, y cinco minutos después estaba otra vez empalmado, como una moto.

A veces tenía que asegurarme de que no estaba soñando. Estaba disfrutando del sexo como nunca antes, era el mejor día de mi vida y no quería que acabara.

Ahora la tenía encima de mí, clavándose en mi polla, sus tetas botando delante de mi cara... me metí una en la boca mientras pellizcaba el pezón de la otra.

No me cansaba, no tenía suficiente.

—¡Dios! Es enorme —dijo, quedándose totalmente sentada encima de mí y moviendo las caderas en círculos—. No me acostumbro...

La cogí del culo y la penetré yo, subiéndola y bajándola encima de mí. Dentro de su coño era como una estufa, caliente y húmeda, chorreando.

—Joder Pauline, qué caliente estás...

Pasé un dedo por debajo para empapararlo de sus jugos, y lo deslicé hacia atrás. Jugué con su puerta trasera y presioné, metiéndole el dedo lubricado en el culo, poco a poco.

Puso la cabeza en mi hombro y siguió gimiendo allí.

—Qué bien me follas... sigue así, sí... *aaaaah*.

Subió y bajó encima de mi polla y de mi dedo en su culo.

—Tengo algo para meter por ahí que es mucho mejor —dijo, entre gemidos.

Abrí la boca y la volví a cerrar, sin saber qué decir. Estaba emocionado.

—¿Tienes juguetes? —pregunté, sin creerme mi suerte.

Pauline me miró sonriendo, con la cara roja del placer, sin dejar de moverse.

—Oh sí...

Se bajó con cuidado de encima de mí y me llevó de la mano al dormitorio.

EL *JUGUETE* que tenía era un *plug* anal, de silicona negra y no muy grande, pero bastante más que mi dedo, incluso que dos dedos. Lo sacó de un cajón de la mesita, junto con un bote dosificador de lubricante, y se puso a cuatro patas en la cama.

Miré su culo delante de mí, el juguete y la botella de lubricante en mi mano, y en ese momento me sentí el tipo más afortunado del mundo.

Mi misión ahora era hacer que ella también se sintiese la mujer más afortunada del mundo.

Bueno, lo primero era lo primero. Me coloqué detrás de ella, de rodillas, cogí mi polla en la mano —la tenía al rojo vivo y dura como

una piedra, casi desde aquella mañana— y se la puse en la entrada de su coño resbaladizo. Empecé a metérsela poco a poco.

Soltó un gemido largo y arqueó la espalda. La cogí de la cintura y empujé, metiéndosela del todo, hasta las bolas. Esperé un momento para que se acostumbrase a la invasión y empecé a follarla, sin moverme, moviéndola a ella, alejándola y acercándola, penetrándola una y otra vez.

No podía quitar la vista de mi polla entrando y saliendo de su coño, del culo que se movía como gelatina. Estaba hipnotizado.

Con la palma de la mano le azoté una de las nalgas. Se quedó la marca de la mano, roja, sobre la piel blanca.

Gimió todavía más y esta vez fue ella quien se echó para atrás, follándose con mi polla.

—¿Te gusta? —pregunté.

—Sí, sí, más...

Seguí azotándola, una y otra vez, sin querer ni poder parar. Pauline cada vez gemía más y más alto. Como siguiese así no iba a durar nada: no podía apartar la vista de su culo rojo, de mi polla entrando y saliendo... como no tuviese cuidado me iba correr en segundos.

Me quedé dentro de ella y cogí el *plug* anal. Lo lubriqué bien y luego lubriqué su agujero.

Lo metí entre sus nalgas y empecé a presionar, poco a poco. Pauline empezó a gritar y se agarró a los barrotes del cabecero de la cama.

—Oh sí... sí —sollozó—. Ah, qué bien, qué bien... cómo me gusta, Brian... *oh dios*.

Se lo metí del todo y pareció volverse loca... volví a azotarla con el *plug* metido, para que la sensación fuese más intensa. Para que el placer fuese más intenso. El ruido de las palmadas resonaba en la habitación junto con sus gemidos desesperados.

Se lo dejé metido en el culo mientras le follaba bien el coño, una y otra vez, cogiéndola de las caderas y atrayéndola hacia mí, clavándole la polla...

—¿Qué sientes? —bajé los dedos hasta su clítoris y presioné mientras hacía círculos.

—Estoy llena... —dijo entre jadeos— llena. No puedo más, Brian, no puedo...

Me incliné sobre ella, pegando mi pecho en su espalda, y puse mi boca en su oído.

—Claro que puedes —susurré, sin dejar de follarla, metiéndosela bien duro.

Moví un poco el *plug* dentro de ella, empujé más e hice círculos con las caderas. Se agarró a las sábanas, gritando desesperada.

—¿Te gusta?—. Le mordí ligeramente el lóbulo de la oreja—. ¿Te gusta tener el culo y el coño lleno a la vez?

—¡Sí, sí! ¡Ah! ¡Ah!

Empezó a temblar y supe que se estaba corriendo, otra vez. Empujé más fuerte, mientras seguía haciendo círculos con mis dedos en su clítoris...

Las nalgas enrojecidas, el *plug* negro entre ellas, mi polla entrando y saliendo... no pude más.

Noté cómo perdía el control, se la metí unas cuantas veces más y me quedé dentro, más adentro de lo que había llegado nunca.

—Aaaaaaaaah sí, ¡joder!

Me corrí dentro de ella, del coño más caliente y delicioso que había probado nunca.

* * *

PAULINE

—TIENES la espalda y los hombros rojos. Creo que te has quemado un poco —dijo Brian, con voz ronca, detrás de mí.

Estupendo. Esperaba no haberme quemado también los brazos y la cara, porque si no al día siguiente en la oficina iba a vivir una situación un poco... incómoda. Se suponía que había estado enferma, no tomando el sol.

No podía moverme. No podía mover ni las pestañas. Los dedos de los pies, un poco —lo comprobé— y gracias.

No sé cuánto tiempo llevábamos allí tumbados, totalmente destruidos encima de las sábanas. Ni siquiera sabía si me había

quedado dormida en un momento dado. Estaba en estado comatoso.

—¿Quieres agua? —preguntó Brian.

—Sí, por favor... —dije, como pude.

Se levantó de un salto y le observé caminar hasta la cocina, gloriosamente desnudo, el culo perfecto, la espalda musculosa. No sé cómo podía andar, yo estaba todavía en el proceso de recordar mi nombre.

Ahora sí estaba saciada, por fin. Tenía agujetas por todo el cuerpo, me sentía deliciosamente usada. Lo que más me apetecía era una ducha bien fría, quizás incluso un baño, y pasarme lo que me quedaba de día tirada en el sofá, descansando.

El fin de un día perfecto.

Vi a Brian venir hacia mí con un vaso de agua —el desnudo frontal era igual de bueno que el posterior— y me pregunté cómo iba a enseñarle, delicadamente, el camino hacia la puerta.

No es que fuese una desagradecida, es que ya había cumplido su cometido. No teníamos mucho más que hacer, o que decir.

Me tendió el vaso de agua y me di cuenta de que también tenía su móvil en la mano, supuse que lo había cogido de camino.

Levantó la mano en la que tenía el móvil.

—Tengo que irme.

No dijo ni a dónde, ni por qué ni dio ninguna explicación más.

Chico listo. No tenía de qué preocuparme, había leído la situación perfectamente y estábamos los dos en la misma página.

Terminé de beber el agua y le sonreí.

—*Encantada* de haberte conocido, Brian —dije, poniendo énfasis en el “encantada”.

Recorrió mi cuerpo desnudo con la mirada, lentamente, y de repente dijo:

—Si quieres puedes darme tu teléfono. Puedes grabarte el mío, también si quieres. Así puedes llamarme cuando me necesites.

—¿Cuándo te necesite? —pregunté, con humor.

Él también sonrió, y se inclinó sobre mí para besarme.

—En la siguiente ola de calor, por ejemplo —dijo en mis labios—. O cuando vuelvas a la playa. O cualquier día impar, o par.

Sonreí debajo de sus labios.

Algo me decía que no iba a esperar mucho...

FIN

* * *

Si quieres más historias como esta, [sígueme en Amazon](#) y recibirás un aviso cuando publique mi siguiente libro.

ACERCA DE LA AUTORA

Nina Klein vive en Reading, Reino Unido, con su marido, perro, gato e hijo (no en orden de importancia).

Nina escribe historias eróticas, romance y fantasía bajo varios pseudónimos.

* * *

www.ninakleinauthor.com

ninakleinauthor@gmail.com

Página de Nina Klein en Amazon:

Amazon ES: amazon.es/Nina-Klein/e/B07J4HJ3C2

Amazon US: amazon.com/author/ninaklein

OTRAS HISTORIAS DE NINA KLEIN

Cumpleaños Feliz



Normalmente mis compañeros de trabajo me caen bien, son gente maja. No tengo nada en su contra. Excepto cuando encargan una tarta por mi cuarenta cumpleaños, me cantan cumpleaños feliz y me hacen soplar las velas en medio de la oficina.

No era mi mejor día. Cuarenta años: el fin de una era, el comienzo de la mediana edad. Divorciada, pasando las noches viendo películas con una manta en el sofá... solo me faltaba comprarme un gato.

Hasta que mi amiga Ana me propone hacerme un perfil en una *app* de citas. *Será divertido*, dice. *Ya lo verás*.

¿Qué podría salir mal?

Casi todo.

¿Qué podría salir bien?

Lo que menos esperaba.

Al final, quizás cumplir cuarenta años no era para tanto...

[Léelo ya en Amazon \(gratis con Kindle Unlimited\)](#)

* * *

[Ex Luna de Miel](#)



Mi matrimonio había durado exactamente cuatro días. Bueno, cinco, si contaba el día de la boda.

Seguramente haya batido algún récord.

George, mi marido, me había abandonado aquella misma mañana para irse con una mujer que había conocido durante nuestra luna de miel.

Juro que no me lo estoy inventando. Parece increíble, pero allí estaba, en un *resort* de cinco estrellas en Aruba, con once días de luna de miel por delante. Sola.

Rodeada de parejitas felices por todas partes.

Así que decidí emborracharme. ¿Qué otra maldita cosa podía hacer?

Pero lo que no sabía, mientras ahogaba mis penas en *mojitos* en el bar de la playa, era que las sorpresas no habían hecho más que empezar...

[Léelo ya en Amazon \(gratis con Kindle Unlimited\)](#)

* * *

Todas las historias de Nina Klein:

SERIE "EL CLUB"

El Club (El Club 1)

Una Noche Más (El Club 2)

Todos Tus Deseos (El Club 3)

Trilogía El Club (El Club 1, 2 y 3)

Llárame Amanda (El Club 4)

No Eres Mi Dueño (El Club 5)

La Última Fantasía (El Club 6)

Trilogía 2 El Club (El Club 4, 5 y 6)

Todo El Club: Serie Completa (El Club 1-6)

TRILOGÍA "LA FIESTA DE SAN VALENTÍN"

Romance en la Oficina (La Fiesta de San Valentín 1)

La Jefa (La Fiesta de San Valentín 2)

Una Mujer de Mundo (La Fiesta de San Valentín 3)

Trilogía La Fiesta de San Valentín

HISTORIAS INDEPENDIENTES

Ex Luna de Miel

Cumpleaños Feliz

El Almacén

Enemigos Íntimos

Noche de San Valentín

El Regalo de Navidad

Noche de Fin de Año

Game Over

El Profesor, La Tienda (Dos historias eróticas)

Alto Voltaje - Volumen 1 (Recopilación de historias eróticas)

Alto Voltaje - Volumen 2 (Recopilación de historias eróticas)

* * *